

#### IV. GABRIEL, MARÍA Y EL *MĀRĒH* (O *MĀRYĀ'*)

##### Sumario

**Vayamos por partes: ¿a quién llamamos Dios?- 'ēl, <sup>ae</sup>lōhīm, Yhwh, o sea el *mārēh* o *māryā'*.- La opción de los judíos de la diáspora por ó *theós* (o sea Dios).**

##### *Vayamos por partes: ¿a quién llamamos Dios?*

Me he preguntado en qué debió pensar Zacarías durante aquel medio año de mudez no porque recuperase entonces la voz, sino porque fue en torno a medio año lo que tardó Gabriel en presentarse ante María, que es aquella jovencísima hebrea, contrapariante de Zacarías, de la que hemos adelantado que estaba <sup>Mt 1,18</sup> *prometida en matrimonio* y que *sería hallada encinta, estando del espíritu santo*.

Bueno, pues lo sigue intenta explicar por qué se le ocurrió escribir esa frase a Mateo.

Gabriel, en efecto, se le apareció medio año después –es un cálculo mío- de que lo hiciera a Zacarías. Pero, esta vez, quienes lo contaron no dejaron ver traza de que María se asustara ni de que Gabriel le dijese que era justamente Gabriel, al revés de lo que había sucedido con Zacarías. ¿Se conocían ya de otras veces? No tengo ni idea. De todas formas, que María supiese que quien se le acababa de aparecer era Gabriel aunque le ocurriera por primera vez, lo entenderá sin que requiera explicaciones cualquiera que haya tenido una experiencia de ese orden, por muy leve que sea. No sólo entiendes lo que se te dice, sino que tienes la certeza de que no te lo dices tú mismo, sino que *se te dice* y, no pocas veces, *sabes perfectamente quién* te lo dice.

María supo, en suma, que era Gabriel quien estaba ante ella y que empezaba por desearle <sup>Lc 1,28</sup> *saludos* (“*khaīre*”), *muy favorecida, el señor contigo*.

¿En qué idioma le habló? La frase nos ha llegado en griego pero no es verosímil que Gabriel hablase en griego a una joven virgen cuya lengua materna era –casi seguro- el arameo. Por eso acabo de permitirme la licencia de traducir la primera palabra que oyó de Gabriel por *saludos*, en vez de *alégrate*, que es lo que significa el griego “*khaīre*”<sup>i</sup>. Unos cientos de años después, un entendido que se llamaría Jerónimo dijo en latín que el saludo fue *ave*, y *ave*, en latín, quiere decir lo más parecido a *saludos*. Pero es que, además, luego comentarían otros entendidos que, justo en arameo, resulta más verosímil eso –lo de *saludos*- que aquello, lo de *alégrate*.

En todo caso, al narrarlo, san Lucas no afirmó que se alegrara María, sino que <sup>Lc 1,29</sup> *se quedó muy turbada* al oír lo que le dijo Gabriel.

Debe de ser, no obstante, mujer de mucho temple (si no es que se le aparecía algún ángel con la suficiente frecuencia como para que ya estuviese acostumbrada a tenerlos delante). Que se te aparezca un ángel, te llame *muy favorecida*, te diga que *el señor* está *contigo* (sin emplear el equivalente arameo al verbo *estar* por la sencilla razón de que,

---

<sup>i</sup> Vid. K. Berger, “*χαίρω*”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, cit. *supra*, II, Salamanca, col. 2.033-2.037.

en arameo, no hacía falta incluir esa forma copulativa para que hubiera cópula entre sujeto y predicado) y que lo que te turbe no sea la aparición, sino lo que te dice el ángel, descubre –por lo menos- que eres más humilde que asustadiza e incluso más humilde que temerosa: deja ver que lo primero que tienes in mente es la conciencia –y cabal- de tu propia medida y que, por eso, te sorprende que te consideren una persona *muy favorecida*. María tenía conciencia, sin duda, de persona favorecida del *señor*. Pera es más que probable que es que considerase que, a todo hombre y a toda mujer, los favorece mucho el *señor*.

Se observará, por otro lado, que tampoco hizo falta que Gabriel le dijese quién era *el señor* (en el griego del Nuevo Testamento, “kyrios”) que *estaba con ella*. Y, como tampoco había hecho falta que se lo explicara a Zacarías, es razonable deducir que los dos sabían perfectamente de quién se trataba al hablar del *señor* y, en concreto, que se les hablaba de Elohim, o sea de Dios. Y es obvio que, además, tenían por cosa normal que se les recordara que Dios estaba muy por encima de ellos pero *con ellos*; esto es: que no les perdía ojo y que se preocupaba de sus personas y de todas y cada una de las demás personas que convivían con ellos. Les bastaba escuchar la glosa que se hacía cuando se les hablaba de los cuidados que tenía Yhwh con *los de la casa de Jacob*, a la que pertenecía ella misma: llegarían a decir que, <sup>Deut 32,9</sup> *cuando el pueblo santó tocó en suerte al maestro del universo*, una de las cosas que sucedió es que precisamente *Gabriel abrió la boca para loar y dijo: “Los de la casa de Jacob son la parte de su heredad.”*

Hay que advertir que, aquí, esa “parte de su heredad” se ha de entender como aquello que le toca a uno en herencia (puede ser que por sorteo, después de haber formado los lotes correspondientes).

Pero es que aún añadían todo esto:

**Biblia hebrea**

Deut 32,10 Le halló en tierra de desierto y en yermo rugiente, [la] soledad le envuelve [y Yhwh] le sustenta,

le cuida como niña de sus ojos.

**targum Neofiti**

Deut 32,10 *Los halló aislados en tierra de desierto y en el estrépito de los aullidos del desierto; durante cuarenta años, los ha conducido por el desierto; ha hecho descender del cielo, para ellos, el maná; ha hecho subir del abismo [el agua de] los pozos; ha llevado del mar, para ellos, codornices;*

*les ha hecho acampar entorno a la gloria de su morar;*

*les ha enseñado sus diez palabras;*

*les ha seguido los ojos y los ha cuidado como el párpado la niña del ojo.*

**targum Add. 27031**

Deut 32,10 *Los halló aislados en [el] desierto, en la desolación de un lugar donde rugen demonios y chacales y en lugar yermo;*

*los ha protegido de los siete nubarrones de su gloria,*

*les ha enseñado su ley,*

*los ha cuidado como el párpado cuida las niñas de sus ojos.*

Que llamaran *señor* al que se portaba de un modo tal no parece que sea cosa que pueda sorprender a nadie.

Lo que sería sorprendente es que Gabriel usara, para dirigirse a la Virgen, la palabra griega *kyrios* (“señor”), que es como aparece en la narración que nos ha llegado de Lucas. Eso no me parece verosímil. Lo verosímil es que Gabriel le hablase en arameo y, si lo hizo así, debió acudir a otra expresión. Como veremos, María respondió (después de hacerle las advertencias oportunas) que ella era *sierva del señor* y que era, por lo tanto, el *señor* quien debía disponer de ella. Es posible, por esa razón, que contrapusiera el concepto de *sierva* a la idea del *señor* que lo es, precisamente, *de sus siervos* y, en ese caso, empleara la palabra aramea *mārêh* o *māryā*, que, en efecto, solían usar los judíos palestinos de aquel tiempo para referirse a Yhwh<sup>i</sup>. Se habían acostumbrado no sabemos por qué –ni hay que devanarse los sesos para comprender que lo hicieran como una referencia al tiempo familiar y respetuosa– y, en cualquier caso, no por eso habían dejado de lado la forma en que *el señor* les había dicho que le llamaran, a la que ahora vamos a referirnos.

<sup>i</sup> Me da pie a sugerirlo lo que dice J.A. Fitzmyer, “κύριος”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento* cit. *supra*, I, col. 2.442-2.443.

'ēl, <sup>ae</sup>lōhīm, Yhwh

Los judíos, como semitas, habían heredado una expresión elemental para nombrar a Dios que era (y que es) común a la mayoría de las lenguas de esa familia, la palabra 'ēl, que quería y quiere decir simplemente eso -dios- y que les sirvió para dar un nombre compuesto a porción de cosas y de personas, incluido *Isra-el*, nombre que recibió el patriarca Jacob después de pelearse con el ángel de Yhwh y que pasó a servir para denominar a su descendencia y, al cabo, a todo el pueblo de Yhwh.

Ya era entonces 'ēl, una palabra muy antigua, cuyo sentido originario no es posible averiguar. Se pensaría mucho sobre ella, durante siglos, y nunca se pasó de señalar que su raíz podía ser la misma que la de 'ul (“delante”, “primero”, pero también “ser fuerte”) o la de la preposición 'l (“hacia”), o la del verbo “tender a” o “conseguir” ('ly, 'lh), o la de “atar” ('ll<sup>i</sup>).

Pero la conciencia de que su Dios estaba por encima de todos los dioses y, dando un paso más, la de que, en realidad, era el único Dios (dos pasos que les llevaron, desde luego, su tiempo, y no fue corto) indujeron a los hebreos a llamarlo en plural, pero no con la forma 'ēlīm, que sería la normal, sino como <sup>ae</sup>lōhīm (que, luego, los cristianos, convertiríamos en *Elohim*, sin más); un plural -<sup>ae</sup>lōhīm- cuyo singular no debía ser 'ēl, sino <sup>ae</sup>lōh<sup>a</sup>, de modo que suponía una elaboración medianera que tampoco hubo modo de aclarar. Con frecuencia, <sup>ae</sup>lōhīm aparece en la Biblia con el verbo en singular, de manera que se podría traducir por *El Dioses*.

Surgiera como surgiese esa palabra, los redactores de la Biblia hicieron uso de ella 2.600 veces (que no es poco). Pero no resolvieron con eso la cuestión de los nombres, pese a todo, porque, cuando hablaron de *los dioses* de otros pueblos acudieron en ocasiones a la propia palabra <sup>ae</sup>lōhīm, por más que, en ese caso, la acompañaran de un verbo en plural. Y no se conformaron con ello, sino que la emplearon también para referirse a ángeles e incluso a hombres fallecidos o de particular dignidad.

Ahora bien, eso podía interpretarse de distintas formas: una era la de afirmar únicamente que *su dios* –el de Israel- era ése –<sup>ae</sup>lōhīm-, sin negar que existieran otros dioses, pero sobre la base, eso sí, de que el suyo era el predominante y principal con diferencia, y otra forma de interpretarlo era la de afirmar que, en parte alguna, no había más dios que <sup>ae</sup>lōhīm y que todos los creyentes en cualesquiera de los demás 'ēlōha estaban más que errados.

Es posible que partieran de lo primero y, paulatinamente, se llegara a lo segundo. Por lo menos es cierto –porque se recoge en la Biblia- que <sup>ae</sup>lōhīm (o sea *Elohim*) tuvo que

---

<sup>i</sup> Cfr. W.H. Schmidt, voces “אל...” y “אלהים...”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, II, col. 227-237 y 242-262. Sobre lo que sigue, me baso además y especialmente *ibidem* y en S. Amsler, voz “תיה...”, y E. Jenni, voz “תיה...”, *ibidem*, I, 672-684 y 968-976 respectivamente; M.-J. Lagrange: “El et Jahve”: *Revue biblique*, núm. 12 (1903), 362-386; P.A. Vaccari: “Jahveh e i nomi divini nelle religioni semitiche”: *Biblica*, núm. 17 (1936), 1-10; L.-B. Guérard des Lauriers: “Le mystère du nom de Dieu”: *Revue des sciences philosophiques et théologiques*, núm. 29 (1940), 59-83; E. Dhorme: “Le nom du Dieu d’Israel”: *Revue d’histoire des religions*, núm. 141 (1952), 5-18.; voces “אל” y “יהוה”, en Koehler y Baumgartner: *The Hebrew and Aramaic lexicon of the Old Testament*, 48-51 y 394-395 respectivamente.

poner especial empeño en convencer a su propio pueblo de que es *uno* y que eso quiere decir que no es un *dios de dioses*, sino el único Dios.

En la propia Biblia aparecía y aparece alguna vez la expresión <sup>Dt 10,17</sup> *dios de dioses*, “’ēl ’ēlīm”. Pero está claro que es un superlativo y un reconocimiento enfático; si se quiere, un *piropo*. Y, en algunos casos, de un reconocimiento de creyentes ajenos. *Dios de dioses* llamaron al Dios de los israelíes incluso algún gentil como Nabucodonosor, casi seiscientos años antes de la vida mortal de María virgen, y -en los doscientos años que siguieron a los tiempos del rey de los babilonios- los escribas de los monarcas de los persas Darío y Artajerjes, y eso con la sola intención de reconocer la primacía de Elohim, aunque fuera sin mejorar en cambio lo presente, que eran sus propios dioses, pero sin el ánimo de negar que existieran éstos.

Muchos creerían después que el problema lo resolvió el propio <sup>Ex 3,13</sup> *’ēlōhīm* cuando Moisés le preguntó cómo se llamaba y <sup>Ex 3,13</sup> *’ēlōhīm* le respondió con unas palabras que, en puridad, no contenían una respuesta, sino dos, es verdad que muy próximas. Pero distintas. Traducidas literalmente, fueron estas que siguen:

<sup>Ex 3,13</sup> Y dijo Moisés al Elohim: “He aquí [que] yo voy a [los] hijos de Israel y les digo: ‘*Elohē* de vuestros padres me envía a vosotros’. Y me dirán: ‘¿Cuál [es] su nombre?’ ¿Qué les diré?”

<sup>Ex 3,14</sup> Y dijo Elohim a Moisés: “Yo soy [*ehyeh*] el que yo soy [*ehyeh*]. Y dijo: “Así dirás a [los] hijos de Israel: ‘Yo soy [*Ehyeh*] me envía a vosotros’”.

<sup>Ex 3,15</sup> Y dijo aún Dios a Moisés: “Así dirás a [los] hijos de Israel: ‘*Yhwh* Dios de vuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me envió a vosotros.’ Éste [es] mi nombre para siempre y éste mi memorial para generación [tras] generación.”

<sup>Ex 3,16</sup> “Ve y reúne [a los] ancianos de Israel y diles: ‘*Yhwh*, Dios de vuestros padres, [se] me apareció, Dios de Moisés’”.

Puestos a barajar posibilidades, uno podría preguntarse si, en puridad, era (es) *Yhwh* el nombre de Dios o, simplemente, es la expresión posible (para un ser humano) de lo ilimitado de su poder. En el hebreo bíblico, el verbo *hyh* (“ser”) no equivale exactamente al *esse* latino (ni mucho menos al *ser* que acuñarían los hispanos; pero es que ni siquiera al mismísimo verbo *être* de los mismísimos franceses, ni menos a *to be*; más cerca hubiera andado –pero a demasiada distancia- de una melé del *werden* alemán –sobre todo en la función de auxiliar de las formas de pasivo y futuro- con el *sein* de la misma lengua).

En hebreo, en la mayoría de los casos, la función copulativa del verbo *ser* se resolvía con una forma elíptica. No hacía falta consignarlo. Obsérvense, sin ir más lejos, algunas de las frases que acabamos de mencionar:

<sup>Ex 3,13</sup> Y me dirán: ‘¿Cuál [es] su nombre?’

<sup>Ex 3,15</sup> Éste [es] mi nombre para siempre y éste [es] mi memorial para generación generación.

Cuando un hebreo empleaba el verbo *hyh* no lo hacía sin más; solía acudir a él para reforzar el carácter de esa acción de *ser* y, además, le daba justamente ese sentido, el de acción, el de realidad dinámica. Es ese dinamismo del *que es*, lo que querían resaltar. Con frecuencia, se trataba de darle énfasis. En muchos casos, se intentaba más bien

expresar la acción de *llegar a ser*. En no pocos, la de *ser que, al ser, es más y da lugar a que algo sea también o que también sea más*.

Para complicar más las cosas, no contaban con una forma propia para expresar la idea de *tener*. Y también para eso se servían de *hyh*.

En la Biblia, lo emplearon frecuentemente para referirse a lo que implicaba que Yhwh bendijera o maldijera a alguien o algo. Pero eso equivalía a expresar algo de gran alcance, y es que *la palabra* de Yhwh –como bendición cuando es bendición, como maldición cuando es maldición– basta para que tenga eficacia en la historia y dé lugar a resultados estrictamente históricos y no, por lo general, cualquier cosa.

En esos casos, *hyh* solía usarse en perfecto. Cuando recurrían al imperfecto, sucedía generalmente que la bendición se presentaba como una promesa y la maldición como una amenaza.

Se empleaba *hyh*, por tanto, para referirse a consecuencias históricas. Esto es fundamental. Pero consecuencias que son el resultado del mero *ser* (dinámico) de Dios, quien, al intervenir en la historia, no puede sino provocar resultados.

Incluso cuando un israelí echaba mano de ese verbo para expresar que Yhwh *era su Dios y ellos eran su pueblo* –o sea que existía una verdadera *alianza* de reconocimiento recíproco entre Yhwh e Israel–, mantenían el carácter dinámico y eficaz de *hyh*; no era una alianza estática, sino que se renovaba y rehacía en cada acción de Yhwh. Con lo cual, los beneficiarios –los israelíes concretamente–, como consecuencia de ello, cada vez *eran más y mejores*. Y, por lo mismo, su actitud no podía ser pasiva: tenían que *caminar y obedecer*, según el caso.

Y es todo eso lo que podría inducir a pensar que *Yhwh* no es sino una forma enfática con la que Yhwh vendría a decir que él mismo, *que es*, por el mero hecho de ser (dinámica e ilimitadamente), *es el que* bendice o maldice e interviene de las más diversas maneras –de todas las maneras posibles– en la historia y con la mayor eficacia.

Pero no sería tampoco la mera afirmación de que Dios existe. Equivaldría más bien a responder a Moisés que *al que es* (Dios) *se le conoce por sus obras* y que eso basta para que nadie tenga que andar con averiguaciones sobre como se llama.

El problema que se plantea de seguida es que *yhwh* no es una forma ortodoxa –gramaticamente ortodoxa– de la conjugación del verbo *hyh* del hebreo bíblico. Una de dos: o es una forma “construida” para esa frase concreta –y construida, además, por un sabio en gramática hebrea (con el mérito añadido de que dominaría una gramática –la hebrea– que, hablando en propiedad, no existía; nadie la había elaborado hasta entonces ni lo haría hasta mucho después), o era una forma arcaica: tan antigua que se había perdido y no había manera de traducirla de manera cabal.

De hecho, en las cavilaciones que se hicieran durante siglos –cuando se tomó conciencia de lo ocurrido a Moisés–, se barajarían hipótesis muy distintas: habría quien pensara que se trataba de un nombre sustantivo –en el sentido gramatical de esta palabra– que tendría el significado de *ser*, sin más. Pero la mayoría llegaría a la conclusión de que era una forma verbal, concretamente un presente imperfectivo, que, de acuerdo con la gramática hebrea, se empleaba para una acción actual pero inacabada

o, mejor, que va a continuar y que, por tanto, es a la vez futuro o, si se prefiere, asegura de forma tácita la continuidad –el futuro- de ese presente.

Y, como tal, hubo quien se inclinó por traducirlo por *yo golpeo* y, por extensión, *yo destruyo* y hubo quien sugirió que se podía entender como *yo llamo a la existencia*, si bien la mayoría se decidió por un sencillo (y radical) *yo soy* y partió de la base de que las dos maneras a que había recurrido Yhwh al revelarse a Moisés (*Ehyeh* y *Yhwh*) procedían de la misma raíz y querían decir lo mismo.

Pero esto último no podía despacharse de esa manera, sin más ni más. Es cierto que la primera forma (*Ehyeh*) no planteaba problemas serios: “*Yo soy [Ehyeh] me envía a vosotros*”, habría dicho Yhwh en aquella ocasión. El problema radicaba en que lo repitió de esa otra manera: “*Yhwh Dios de vuestros padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me envió a vosotros*”. Y no era razón suficiente para justificarlo el hecho de que primero hablase en presente (*me envía*) y después en pasado (*me envió*). Las dos formas que empleó sucesivamente (*Ehyeh* y *Yhwh*) son dos presentes (imperfectivos ambos). Lo que diferencia ambas formas es que *Ehyeh* es la primera persona de ese presente imperfectivo tal como se decía en el hebreo bíblico, en tanto que *Yhwh* no correspondía a ninguna de las formas verbales entonces en uso, pero se aproximaba a la tercera persona del presente (*yehyeh*, “él es”) y al arameo *hwh*, “ser”, “llegar a ser”.

Podría ser, por tanto, una forma arcaica de la tercera persona del presente imperfectivo del verbo hebreo *hyh*, que quería decir lo mismo que el arameo *hwh*, “ser” o “llegar a ser”; cosa –la de que sea una forma arcaica- que induciría a pensar que la redacción que nos ha llegado del episodio bíblico es muy posterior al suceso que narra, y eso hasta el punto de que recoge un arcaísmo que era ya por completo inusual cuando se puso por escrito.

Claro que también se podía tratar de un nombre –de Dios- que se hubiera tomado de algún pueblo vecino, que hablara otra lengua semítica y dijera lo mismo de esa forma. Concretamente, se barajaría la posibilidad de que lo tomaran de los madianitas o de los quenitas que andaban alrededor del Sinaí por los días en que Moisés tuvo aquella experiencia.

Y, en ese caso, habría que preguntarse qué ocurrió, en realidad, que no se cuenta en el texto bíblico y llegar a la conclusión –eficacísima- de que no tenemos ni idea.

### ***Yhwh, o sea el mārêh o mārÿā'***

Pero uno es tan incontinente que es capaz incluso de preguntarse por qué no tiene ni idea. (En realidad, durante siglos, ha habido multitud de exegetas que han elucubrado sobre ese asunto como si partieran de la base de que no tenemos ni idea.) Y, como eso es, a mi entender, lo que corresponde cabalmente a la realidad –no me cabe la menor duda de que no tenemos ni idea-, la pregunta de un exegeta incontinente habría de ser ésta: cuál pudo ser la razón de pedir ese préstamo –si fue un préstamo tomado de otra lengua semítica (aunque sería más razonable dejarse de eufemismos y suponer que, simplemente, *arramplaron* con la palabra que les gustó por lo que fuere- o por el sentido de ese arcaísmo, si es eso lo que era *yhwh*.

Pues bien, si uno se hiciera esta inteligentísima pregunta –excesivamente inteligente para mí, lo reconozco-, podría deducir que se trata de una manera de insinuar a Moisés que *Yo soy* ha sido siempre *Yo soy* y que, por tanto, siempre será *Yo soy*.

Pero podría ser lo contrario. Algunos llegarían a concluir, en efecto, que la expresión *Yhwh* es una construcción muy compleja, que no permite pensar en que surgiera de la gente común, sino de alguien que conocía de manera más que notable las posibilidades de la lengua hebrea (y no cabe la menor duda de que *Yhwh* conoce la lengua hebrea de manera más que notable). Con lo cual, ya hemos dado con el milagro y podría venir otro exegeta a decir que no hay tal y que lo que pasa es que uno está dispuesto a ciscarse en la mimísima ciencia y que eso es irracional, irreverente, insolente e inaceptable y que *anátema sit*.

Así que razonemos:

La dificultad no deriva únicamente de que, en aquel hebreo, no se distinguiera con claridad entre presente y futuro y que la forma verbal elegida se refiriese a una realidad *in crescendo*, sino que, en la palabra *yhwh* –analizada como pura lingüística y sobre la base de que sea una “construcción intencional” de un sabio lingüista-, se combina una serie de elementos significativos que expresan la idea de *ser* (que es el sentido de la raíz de la que procede *Yhwh*) pero que no quedan en mera acción de *ser*. Habría que traducirlo como *el que soy siendo seré*; es decir: *el que soy de tal manera que soy siendo seré*, o bien *el que soy de tal manera que soy siendo y soy yendo a ser sin dejar jamás de ser más*.

Claro que, si era un arcaísmo, no es cosa de persistir en figuraciones como éstas. Pero no deja de invitar a pensar que por ahí van los tiros el hecho de que algunos *m<sup>e</sup>turg<sup>e</sup>man* acabaran por explicarlo como sigue y que lo hicieran, además, con la particularidad de mantener en hebreo, sin traducir al arameo, la frase *Yo soy el que soy y el que debo ser*<sup>i</sup>:

---

<sup>i</sup> Según advierte en nota Roger Le Déaut, *Targum du Pentateuque...*, II, 31. Lo cual no obsta para que pueda tener razón Paolo Sacchi (*Historia del judaísmo en la época del Segundo Templo: Israel entre los siglos VI a.C. y I d.C.*, Madrid, Editorial Trotta, 2004, pág. 19) al decir que, en otras lenguas, como las indoeuropeas, se suplen esas carencias con giros lingüísticos apropiados, ya que no ajustados a las reglas gramaticales formalistas. Sobre la traducción, sin todos esos matices, que se dio a esa frase de *Yhwh* en *Los LXX*, Alejandro Díez Macho, “Deraš y exégesis del Nuevo Testamento”: *Sefarad*, xxxv (1975), 80.



## Biblia hebrea

Ex 3,14 Y dijo Elohim a Moisés: “Yo soy [ehyeh] el que yo soy [ehyeh]”. Y dijo: “Así dirás a [los] hijos de Israel: ‘Yo soy [Ehyeh] me envía a vosotros’”.

Por lo demás, tampoco es baladí que, de facto, tras el exilio en Babilonia más de quinientos años antes de que naciese María, cuando los exegetas judíos ya no veían el peligro de que la gente cayera en el politeísmo, decayese justamente el recurso a la expresión *Yhwh* –siendo así que *Yhwh* les había dicho que le llamaran siempre *Yhwh*- y acabaran por sustituirlo por <sup>a</sup>*dōnāy* o por el griego *kýrios* y –la gente común- por el arameo *mārêh* o *māryā*; todas ellas palabras que querían decir “señor”.

Puestos a ser honestos –aunque lo sea uno tan sólo en el sentido científico de la palabra y no consiga ser honesto en ningún otro sentido-, fue una manera –acaso- de echar tierra al asunto. Pero no para ocultarlo, sino para preservarlo de tanto manoseo como, a pesar de todo, iban a hacer los exegetas durante siglos y siglos. Sea por eso o por lo que fuere, los dirigentes del judaísmo precristiano tenían en común con otros muchos dirigentes de otras diversas religiones el deseo de preservar de cualquier manejo indebido las cosas divinas. Y eso había llevado –en muchos de esos pueblos, entre ellos Israel- a algo que dijimos en su momento –al explicar por qué nació el *targum* y fue como es-: el de prohibir que se tradujeran los libros sagrados, cuando los tenían. Con frecuencia, esos libros –como la Biblia- recogían lo que los dioses de esos pueblos les habían revelado y era fundamental decir las cosas como los propios dioses las habían dicho.

No era sólo un prurito devocional y una manifestación de respeto, sino también de prudencia. Se diría que, en no pocos de los pueblos precristianos (y de bastantes post cristianos), había conciencia de que toda traducción, al implicar un cambio de palabras y de construcciones gramaticales, o reduce o deforma –mucho o poco- el significado de lo que se traduce.

Por otro lado, la escritura hebrea sólo era (y es) consonántica. Las vocales se añaden por medio de unos signos que se escriben sobre las letras, claro es que sólo en caso de conveniencia o de necesidad. Y era el caso. Antes de que la Biblia tomara forma escrita como llegó a los propios hebreos anteriores a Jesucristo, entre los sacerdotes judíos había cundido la idea de que era preferible preservar el nombre de *Yhwh* de cualquier contaminación y que lo mejor para eso era no pronunciarlo en voz alta delante de la gente ajena a ellos mismos –mucho menos, escribirlo-, de manera que se acabara por perder el recuerdo de la pronunciación que había transmitido Moisés. Que es lo que sucedió efectivamente.

Es posible que respondieran a la idea común entre los semitas (en realidad, entre ellos y tantos otros) de que poder *nombrar* a otro implica una idea de posesión. Por lo menos, es cierto que, para los judíos, el asunto tenía una patente tradición: en la propia Biblia, y justamente para que Adán *les pusiera nombre*, Elohim había reunido ante aquel primer hombre todos los animales que había creado, y los exegetas judíos no dudaban de que

## targum Add. 27031

Ex 3,14 Y dijo *Yhwh* a Moisés: “*El que habló y el mundo fue, habló y todas las cosas fueron*”. Y dijo: “Así dirás a [los] hijos de Israel: ‘Yo soy *el que soy y el que debo ser* me envía a vosotros’”.

había sido una forma de hacer que Adán tomara posesión de esos animales y de toda la concurrencia, incluidas las cosas.

Unos doscientos años más tarde de que María se viera con Gabriel, el filósofo ateniense san Clemente de Alejandría hablaría de Yhwh y lo transcribiría en griego, con vocales, como *Iaouai* y como *Iaoue* y, todavía en el siglo III, su discípulo Orígenes –que tampoco era hebreo, sino otro alejandrino de formación griega– optó por la expresión *Yavé*, que es la que se difundiría principalmente. Y sería abusivo pensar que es que el rígido Orígenes se había arrancado por bulerías y salido por peteneras y no sabía de la misa la media.

Pero la verdad es que su vocalización no estaba justificada más que otras. De facto, hubo otras. Algunos darían en completar el tetragrama *Yhwh* con las vocales de otras maneras de llamar a *Yhwh* y así surgieron formas como *Jehová* (al combinar *Yhwh* y las vocales de *adonai* (plural del hebreo *adon*, otra manera de decir “señor”), propuestas que, en rigor, carecían de cualquier fundamento y no se tenían (ni se tienen) en pie.

### ***La opción de los judíos de la diáspora por ó Theós (o sea Dios)***

Los LXX y pico sabios que tradujeron la Biblia al griego y redactaron, de ese modo, Los LXX, decidieron que no era cosa de andar con fruslerías de ese género y que era preferible traducir la palabra *Yhwh* al griego *kýrios*; cosa que, en realidad, implicaba la definitiva relagación del nombre de *Yhwh* en beneficio de *Elohim*, que tradujeron a su vez a la palabra más usual para aludir a un dios en griego: *theós*.

*Theós* no era expresión semítica, claro (no lo era ni lo es el idioma griego), sino indoeuropea y, como el *Deus* latino, tenía que ver con una raíz que no estaba clara: cuando se supiera un poco más de esas cosas, unos remitirían a *deiwos*, “dios” en indoeuropeo, que podía derivar del verbo “ser”, pero otros optarían por *dhuesos*, que quería decir “espíritu”, siendo así que la primera de las dos raíces la relacionaban algunos con el verbo “reverenciar” en tanto que otros advertían que era la misma de *deiw-* (“brillar”), que podía tener relación con *dyē* (“día”), que dio el *dies* latino y que parecía hallarse también en *dyeu-pater* (que se convertiría en *Iuppiter* y en Júpiter, quien, por tanto, venía a ser “dios padre”) e incluso en el también indoeuropeo *sandio* (“consagrar”<sup>i</sup>).

*Theós* no era, por tanto, una elección heterodoxa porque, como hemos visto, una de las maneras con que los judíos llamaban a *Yhwh* era justamente *La Luz*. Pero que sea lo luminoso por antonomasia -la luz misma como realidad ilimitada- no pasaba de ser, para los judíos, un atributo de *Yhwh* y, por eso, no dejaba *Theós* de ser una denominación reductora.

Casaba desde luego mejor lo de “dios padre”. Pero, por fortuna, a casi nadie se le ocurrió reconocer a Dios en Júpiter, entre otras cosas porque la historia que se atribuía

---

<sup>i</sup> La mayoría de estas relaciones, en Edward A. Roberts y Bárbara Pastor: *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, voz “dios”. Sobre lo demás que digo acerca de esta palabra, G. Quell, voz “*theós...*”, en *Theological dictionary of the New Testament*, cit. *supra*, 322-326, y H.D. Betz, voz “*θεός*”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, cit. *supra*, I, col. 1850-1857.

al bueno de Júpiter no se acomodaba precisamente a la historia de Yhwh que se relataba en la Biblia.

Fue *theós*, sin embargo, la forma que se imponía entre los cristianos.

Ahora bien, sustituir *Yhwh* por *Theós* equivalía perder la palabra con la que el propio Yhwh había expresado su manera de *ser*. Digo de *ser* en el sentido propio de este verbo, o sea la manera en que Yhwh *es Yhwh*. Pero también hay que decir que esa manera se había perdido ya al redactar *Los LXX* y traducir la expresión que Yhwh empleó con Moisés por la frase *yo soy el que es* (“*ègò èimi ó òn*”), que era otro reduccionismo. Y eso tuvo mayor importancia de la que hubiera tenido de otro modo porque, para entonces –cuando se redactaron *Los LXX*–, los filósofos griegos habían descubierto que lo común a todo es justamente que todo lo que es es un *ser* (*ons* en griego, *ens* en latín) y, medio milenio antes de que María hablara con Gabriel, naciera el Cristo Jesús, algunos de esos filósofos habían llegado a la conclusión de que tenía que haber un *ons* infinito y, por tanto, supremo, que, por ser tal, merecía precisamente el nombre de *theós* (pero al que no se le rezaba, entre otras cosas porque se le tenía por explicación del orden cósmico –incluido, eso sí, el orden moral–; rezar al *theós* hubiera sido “antropomorfizarlo” y situarlo literalmente en el monte Olimpo).

Cierto que, en *Los LXX*, *’<sup>α</sup>lōhīm* no fue sencillamente *theós*, sino *ó theós*, o sea el Dios por antonomasia. Pero, si llegaba un momento en que alguien lo ponía en relación con el *theós* de aquellos filósofos griegos, podía dar lugar a que Yhwh no fuera conocido por sus atributos –los atributos concretos que aparecían en la Biblia–, sino por el contenido que los filósofos de tradición helenística daban al *ons*, o sea al *ser* en el sentido metafísico.

Y, al llegar ese caso, había que preguntarse si no era otro reduccionismo o, al menos, una transposición que implicaba un cambio de atributos y, por lo tanto, una concepción de Yhwh distinta de la que hemos visto hasta (y de la que, en definitiva, quería decir la propia palabra *Yhwh*)..